

mento de vacilación, dijo al Secretario de Marina:

«Daniels, envíe usted al Almirante Mayo el siguiente mensaje: TOME VERACRUZ INMEDIATAMENTE».

Al estar sentado frente al teléfono aquella célebre mañana, apartado del ruido del mundo y vestido sólo con mi ropa de dormir, mientras que escuchaba semejante conversación, se apoderó de mí la sensación que se experimenta en el momento crítico de toda situación, y se me aparecieron las graves posibilidades que presentaba la guerra, con toda su inevitable cauda de tragedias.

Allí se encontraban hablando por el teléfono tres hombres. Eran tres pacifistas de corazón, hombres que habían sido criticados en todo el país por considerárseles demasiado orgullosos para pelear; pero que ahora, sin ninguna vacilación, convenían unánimemente en que se adoptara una medida que podría traer como consecuencia la guerra entre ambos países. Aquellos hombres ya no eran pacifistas, sino simples mortales obligados a cumplir una obligación que tenían para con su propio país, ahogando sus sentimientos personales de antagonismo hacia cualquier clase de guerra.

Después de que los Secretarios Bryan y Daniels abandonaron el teléfono, el Presidente me dijo:

«Tumulty, ¿qué pensó usted de mi mensaje?»

«Verdad es que es muy malo, pero no podemos permitir que se desembarque ese cargamento, puesto que los mexicanos se proponen emplear esas armas en contra nuestra. Resulta muy duro tener que tomar una resolución de esa especie. Yo siempre he tratado de mantenerme apartado de este embrollo de desórdenes por los que atraviesa México, pero ahora nos encontramos a orillas de una guerra, y no nos queda ninguna alternativa».

Esa misma mañana discutiendo la fase vital del problema con el Comandante en Jefe del Ejército y de la Marina (el Presidente), figurábaseme ver la posible tragedia con que nos amenazaban los acontecimientos.

Imaginábame el buque insignia del Almirante Mayo con su brillante dotación de jóvenes marinos anclados serenamente frente a Veracruz, ignorando sus tripulantes que en aquellos momentos se transmitía por la vía aérea un mensaje hominoso que para muchos significaría la muerte.

Cuando el Presidente concluyó su conversación conmigo, se le había enronquecido la voz, lo que me indicaba que el Jefe del Ejecutivo se daba cuenta de la solemnidad de aquellos instantes, mientras que el pueblo de los Estados Unidos dormía aquella madrugada tranquilamente, ignorando la grave

importancia de aquel mensaje que iba camino de Veracruz.

Cuando llegué a la Casa Blanca aquella mañana, ya más tarde, encontré a los corresponsales de los periódicos que me esperaban en mi oficina, pero ignorando todo lo ocurrido aquella madrugada. Mas cuando les informé que el Presidente había ordenado al Almirante Mayo que tomara a Veracruz, los periodistas como un solo hom-

LAS BORRIQUITAS DEL PUEBLO

Las buenas borriquitas son del pueblo un
[retazo
imprescindible, esencial.
Quien al pueblo se allega las encuentra a su
[paso,
ramoneando la grama en la plaza rural.

Son veinte, son cuarenta, todas mansas,
[menudas,
en vistosa reunión;
las más viejas son grises, tranquilas y lanu-
[das,
con las orejas caídas, como en resignación.

Ellas dieron la vida a sus hijos inquietos
en un azar sin fin,
saltando pedregales, cruzando vericuetos,
bajo el peso de dos cántaros de zinc.

Acarrean el agua del río, diario a diario,
en confuso tropel
y al enfermo y al niño y al octogenario
han servido de madres con su leche de miel.

En la zarandeada cuesta de su amargura
hay una claridad
cuando sobre sus lomos felpudos lleva el cura
los santos óleos a alguien que está de gra-
[vedad.

Aromada visión extiende el sacerdote
con la burrita fiel
que recorre cantones al suave pasitrote
como aquella borrica del Abate Myriel.

Del pueblo las burritas todo el conjunto in-
[tegran
en grupo familiar.
Desde el atrio oyen misa y se ensueñan y
[juegan
y al sonar de cada hora pónense a rebuznar.

Los borriquitos duermen entre patas filiales
ajenas a la coz.
Dormita el pueblo rústico. Y hasta los ani-
[males
sienten que está latente el gran amor de Dios.

Pueblo lleno de calma y burras oficiosas,
pueblo lleno de bien!
En tus patios hay palmas y florecen las rosas
y hay Domingos de Ramos, como en Jeru-
[salen.

Del campanario salta la única voz reinante:
el toque de oración;
y, al multiplicarse, es bendición vibrante
que adquiere milagrosos tonos de diapason.

Encantadas, las nubes, al llegar al poblado
paran su marcha audaz.
Las borricas ancianas añoran el pasado...
Es la hora de los cuentos fantásticos... Hay
[paz!

HERNÁN ROBLETO

Managua, Nicaragua.

(Envío del Autor)

bre se lanzaron hacia la puerta para transmitir un boletín al mundo entero, dando cuenta de la excepcional noticia.

Con la dimisión de Huerta, Carranza asumió la Jefatura de la situación, pero no por eso habían terminado las dificultades con México. Las constantes incursiones de Villa a través de la frontera, eran motivo de gran irritación y con frecuencia amenazaron provocar verdaderas conflagraciones. Con esas expediciones de Villa, nuestras relaciones con el vecino del Sur se vieron muy seriamente amenazadas. Con Villa insistiendo en sus designios y con Carranza interpretando mal los propósitos y la actitud de nuestro Gobierno, y rehusando nuestra ayuda y cooperación, sobrevinieron dificultades de diversa índole, hasta que la opinión pública comenzó a hacerse sentir demandando una acción vigorosa de parte del Presidente americano.

El Presidente tuvo que apelar a toda la dosis de paciencia que puede imaginarse, para poder mantener equilibrada la situación. Cómo lograr este equilibrio ocurriendo diariamente incidentes que intensificaban y agravaban la situación, era el problema cotidiano del Presidente. En esa época era Wilson el hombre que más aislado se encontraba en Washington, pues aun los mismos miembros de su partido en el Senado y en la Cámara quedaron sin explicación o excusa de la aparente indiferencia del Primer Magistrado hacia los asuntos de México. Día por día venían los Senadores encolerizados para formular las más vigorosas demandas a fin de que se adoptara una actitud firme y definitiva por parte de los Estados Unidos, e insistiendo sobre que debía hacerse algo radical para restablecer la paz más allá de la frontera. De muchos de ellos vino la inequívoca demanda en favor de la intervención, con la que se quería dar fin de una vez por todas a la situación anómala en México.

En el seno del Gabinete, el Secretario de Guerra era el más vigoroso portavoz del grupo de consejeros del Presidente que quería una acción radical de carácter intervencionista y que insistía en que interviniéramos para poner fin a la pusilánime administración de Carranza y para limpiar completamente a México.

¡Aun yo mismo, que me había mantenido firme al lado del Presidente durante los días más críticos del embrollo mexicano, tuve momentos en que sentí debilitarse mi devoción por la política de «espera vigilante»!

Para mí el ataque de Villa contra Columbus y la muerte de algunos de nuestros soldados habían constituido la provocación última y definitiva. La continuación de semejante estado de cosas a lo largo de la frontera, era